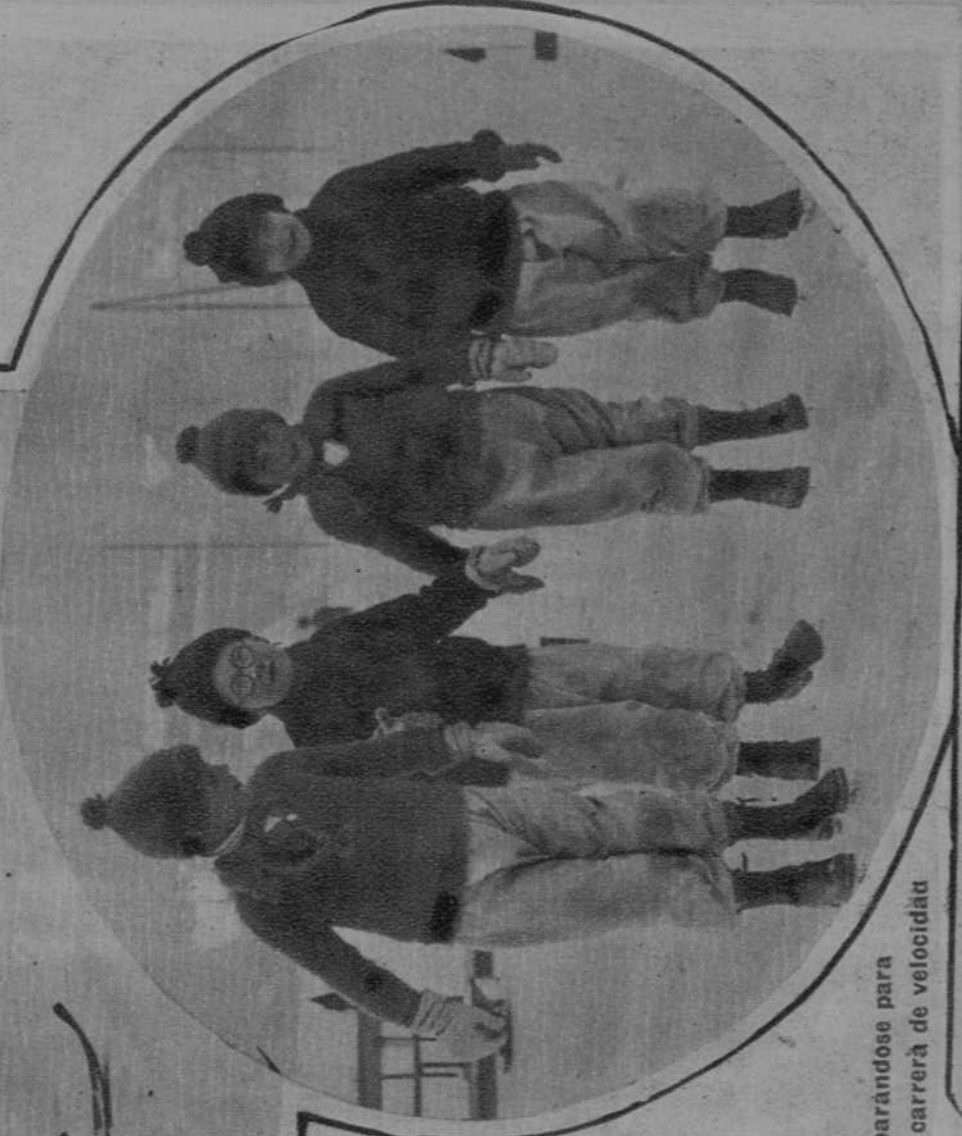


LA NIEVE EN CHAMONIX



Los patines y el ski son de uso general



Preparándose para una carrera de velocidad



La cuna-trineo

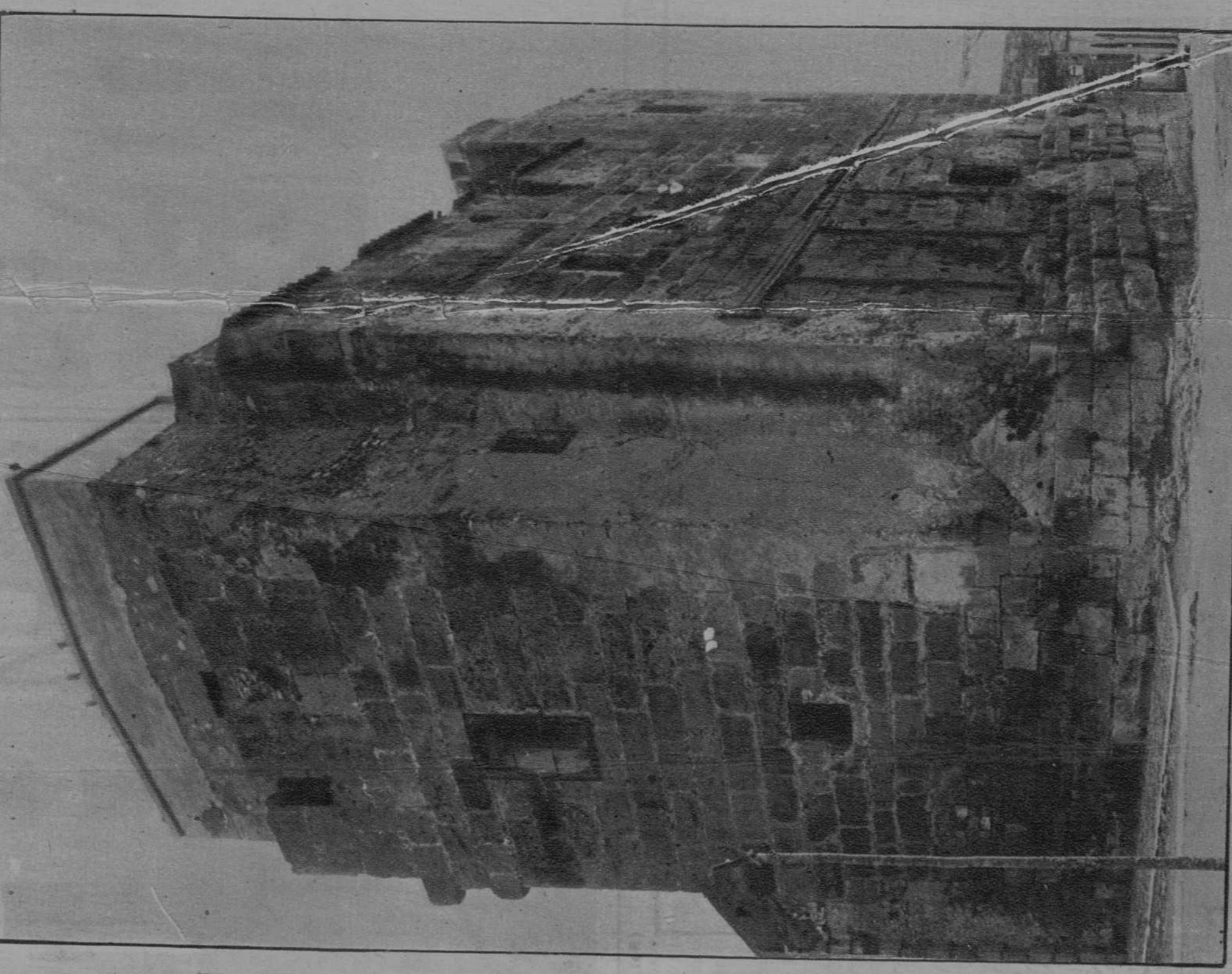


Una calle de Chamonix (Fot. Meurisse)

NUM. 144

AGNIA EXTRAORDINARIA DE El Dia Gráfico

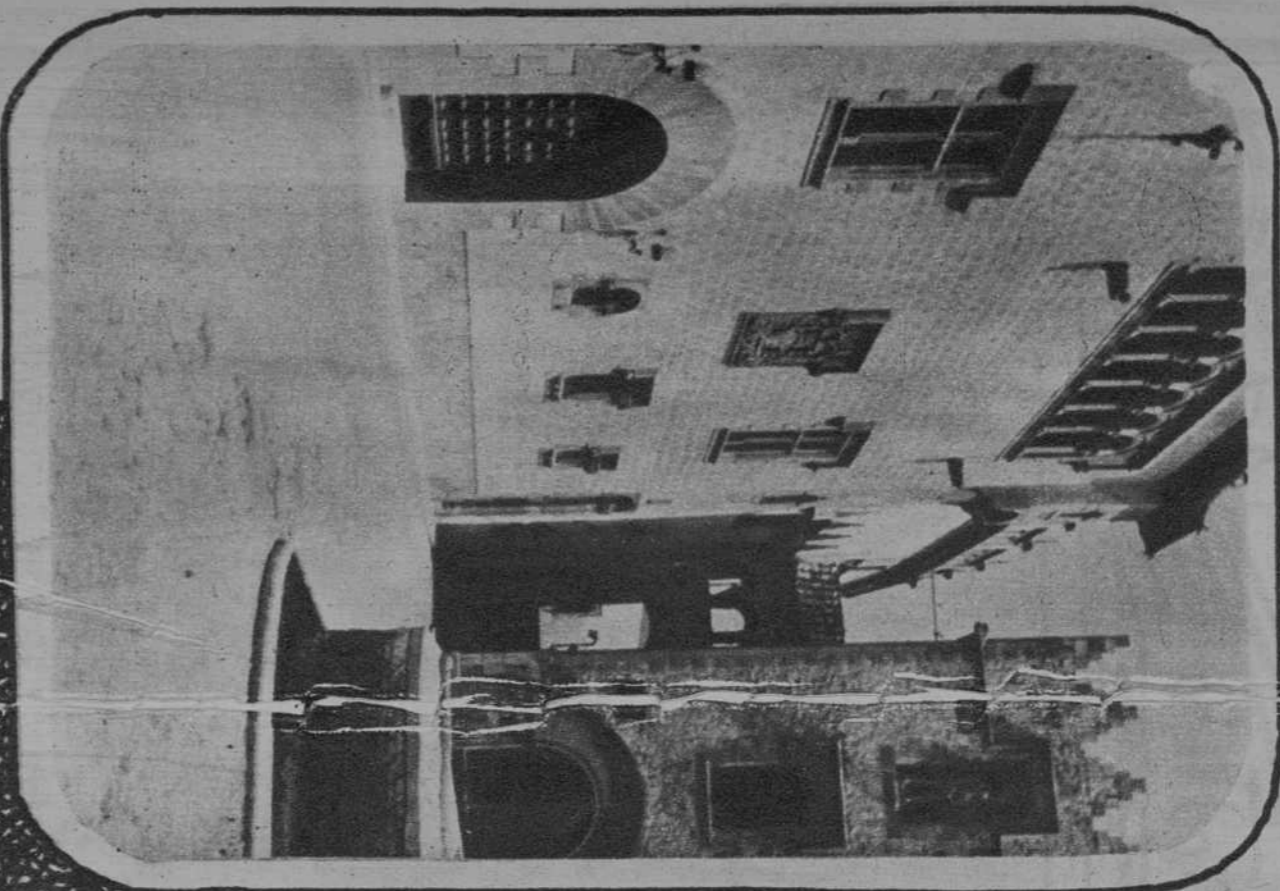
ENERO 13 1929



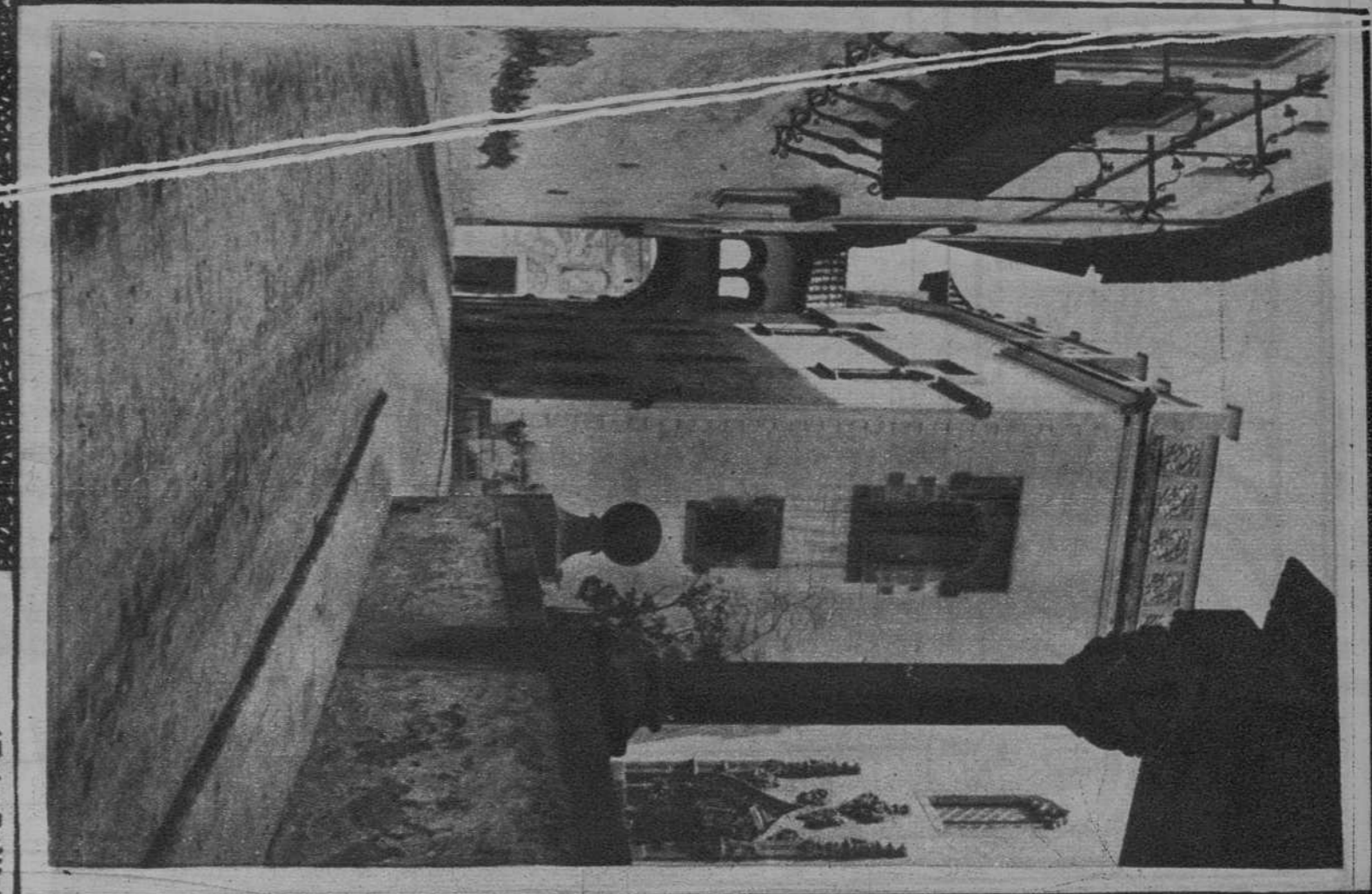
EL PALACIO DE AGUSTO, EN TARRAGONA.—(Fot. Mas)



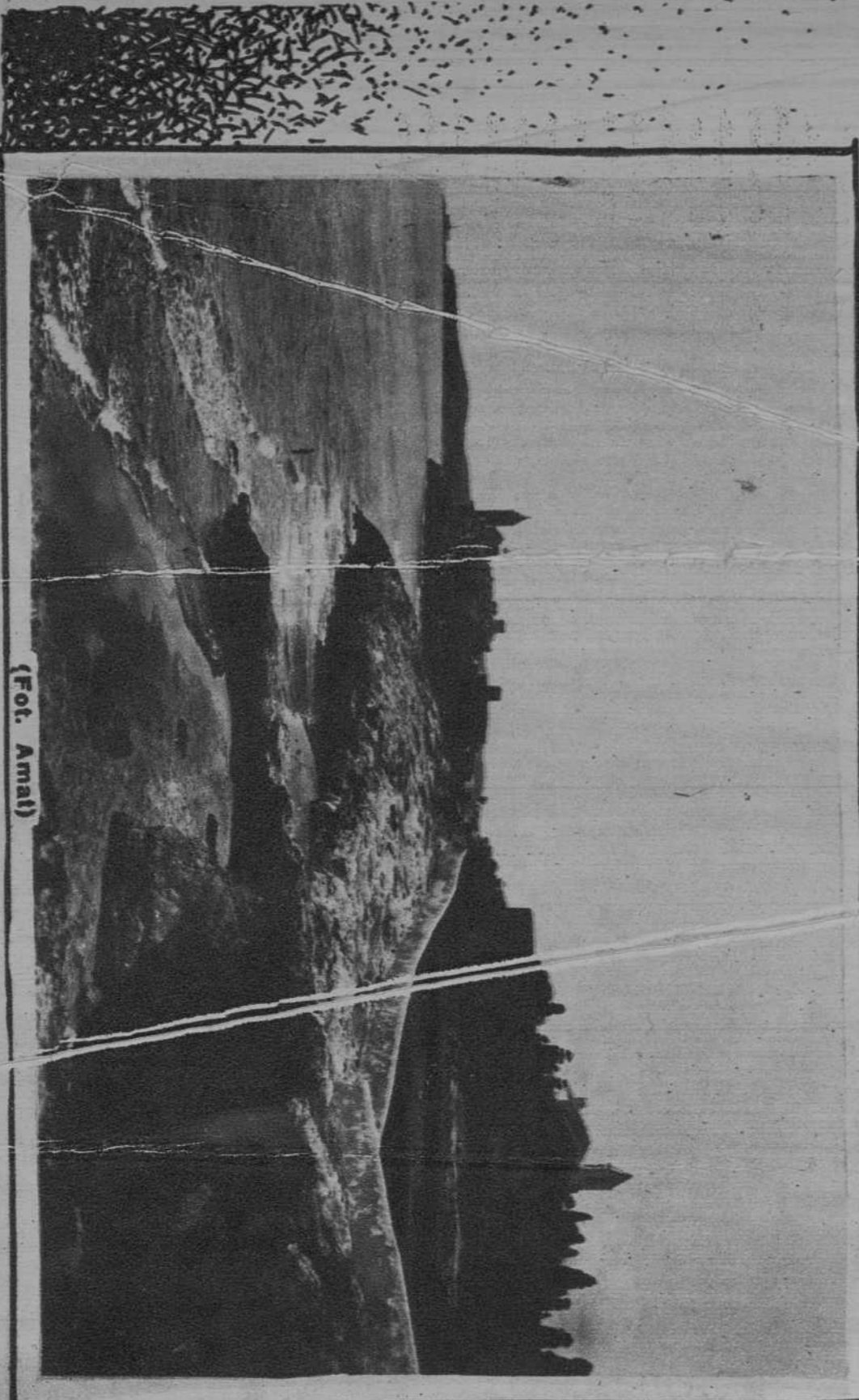
LAS BELLEZAS DE SITGES



(Fot. Battie)

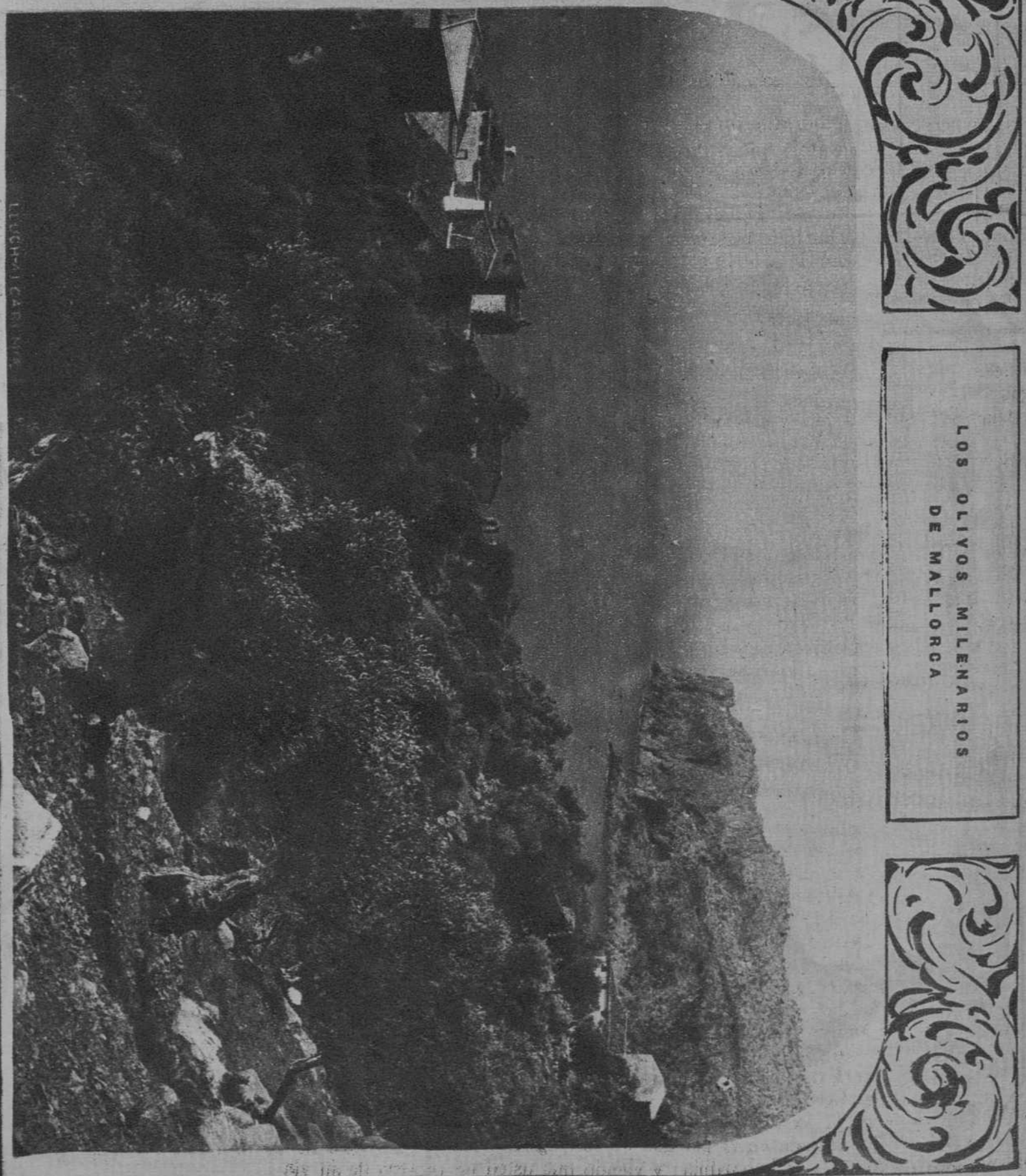


(Fot. Battie)



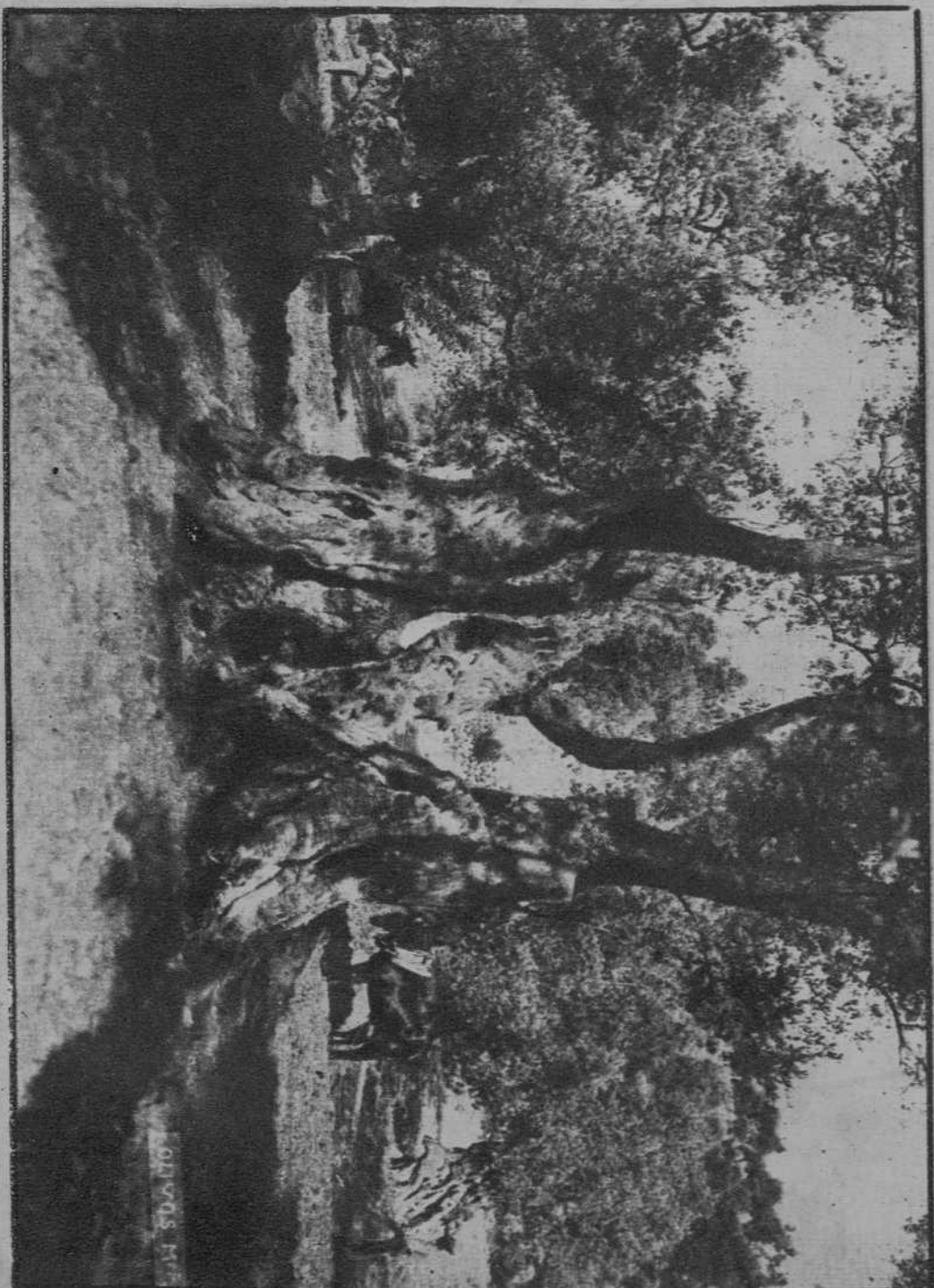
(Fot. Amal)

LOS OLIVOS MILENARIOS DE MALLORCA

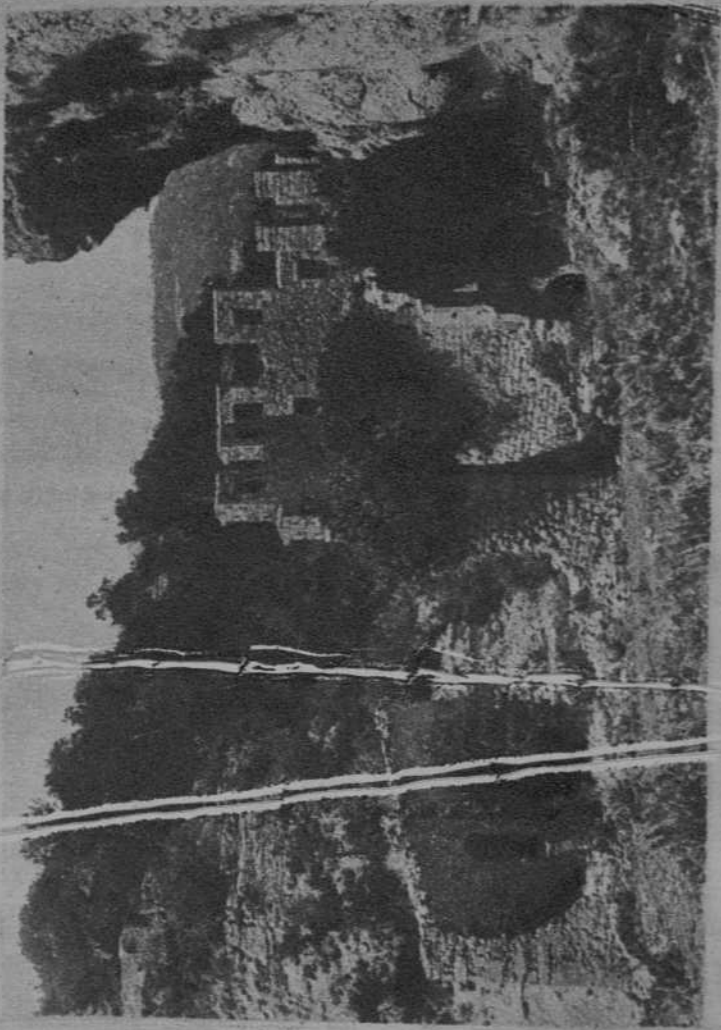


Un bosque de olivos que desciende hasta el mar

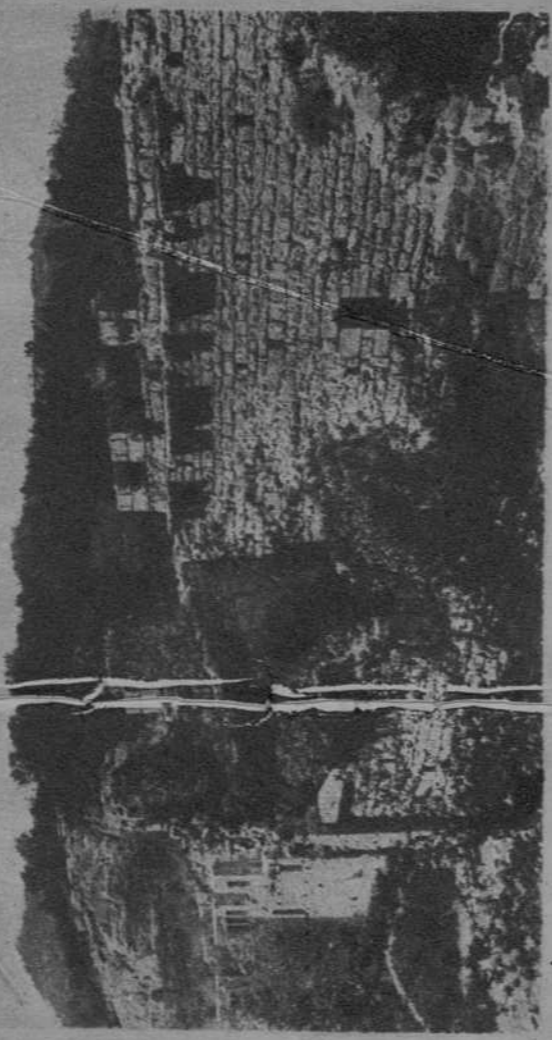
Un olivo milenario (Fot. Truyol)



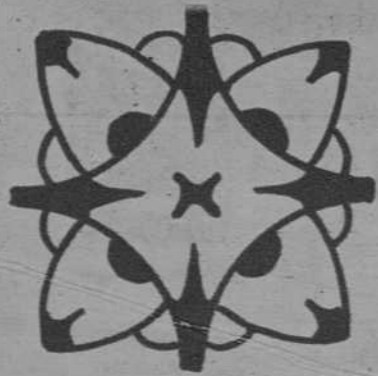
EL HISTORICO CASTILLO
DE GENTELLAS



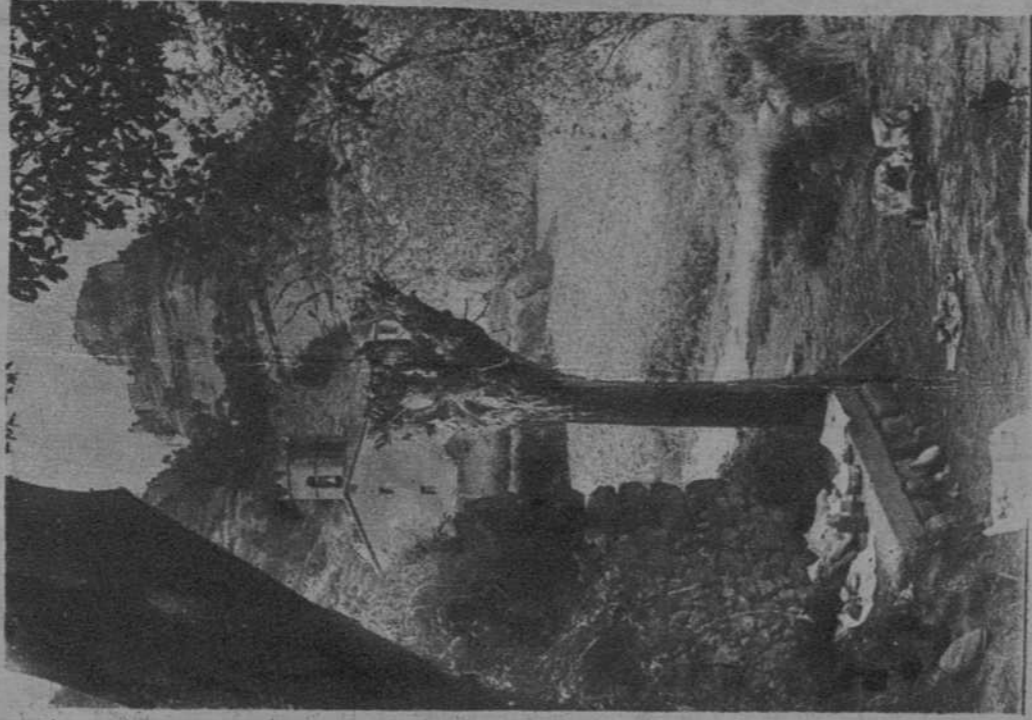
Las almenas



Las ruinas del castil



El patio de honor (Fots. Vilahta)



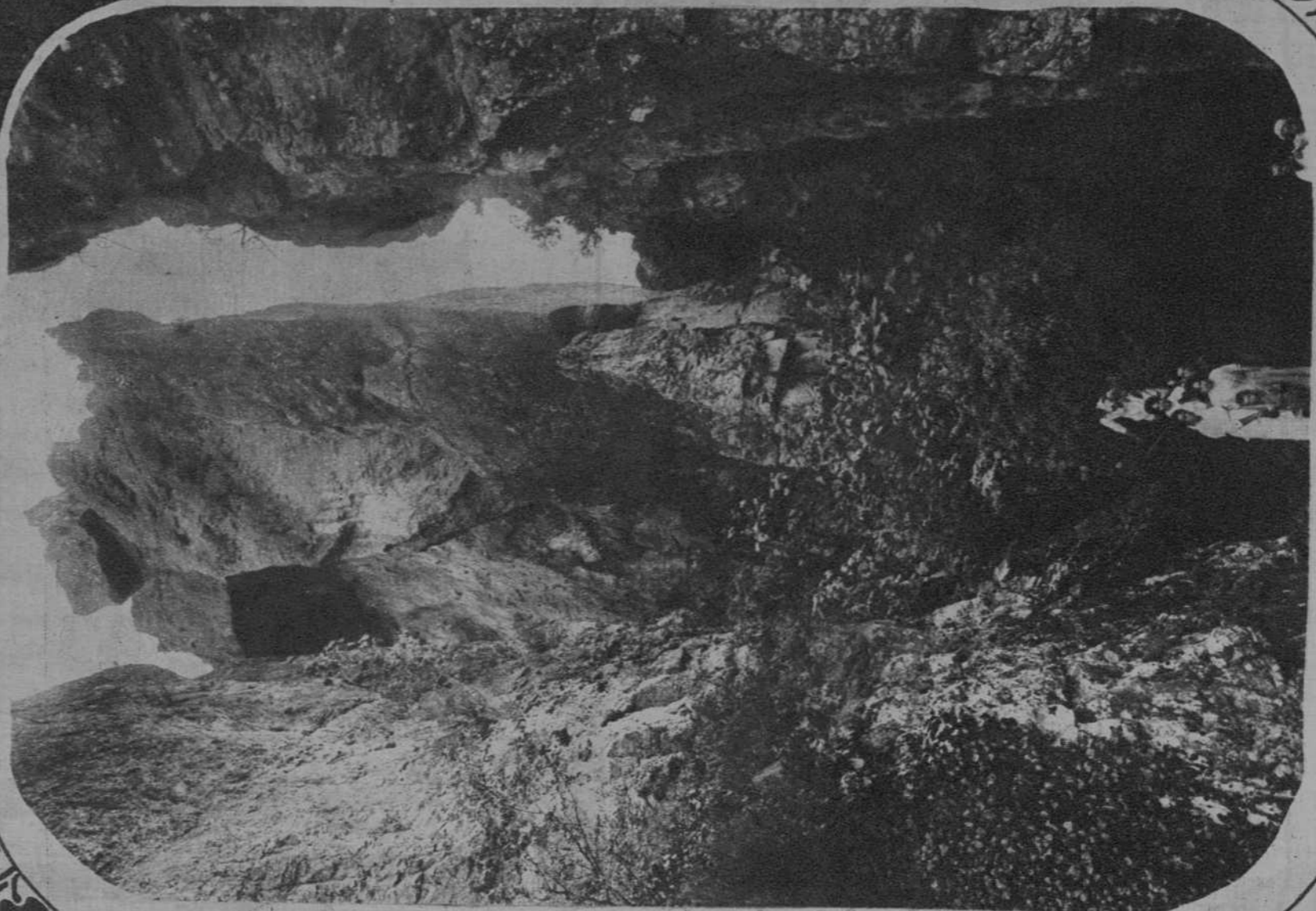
La iglesia y el castillo



Las rocas de Beiumunt

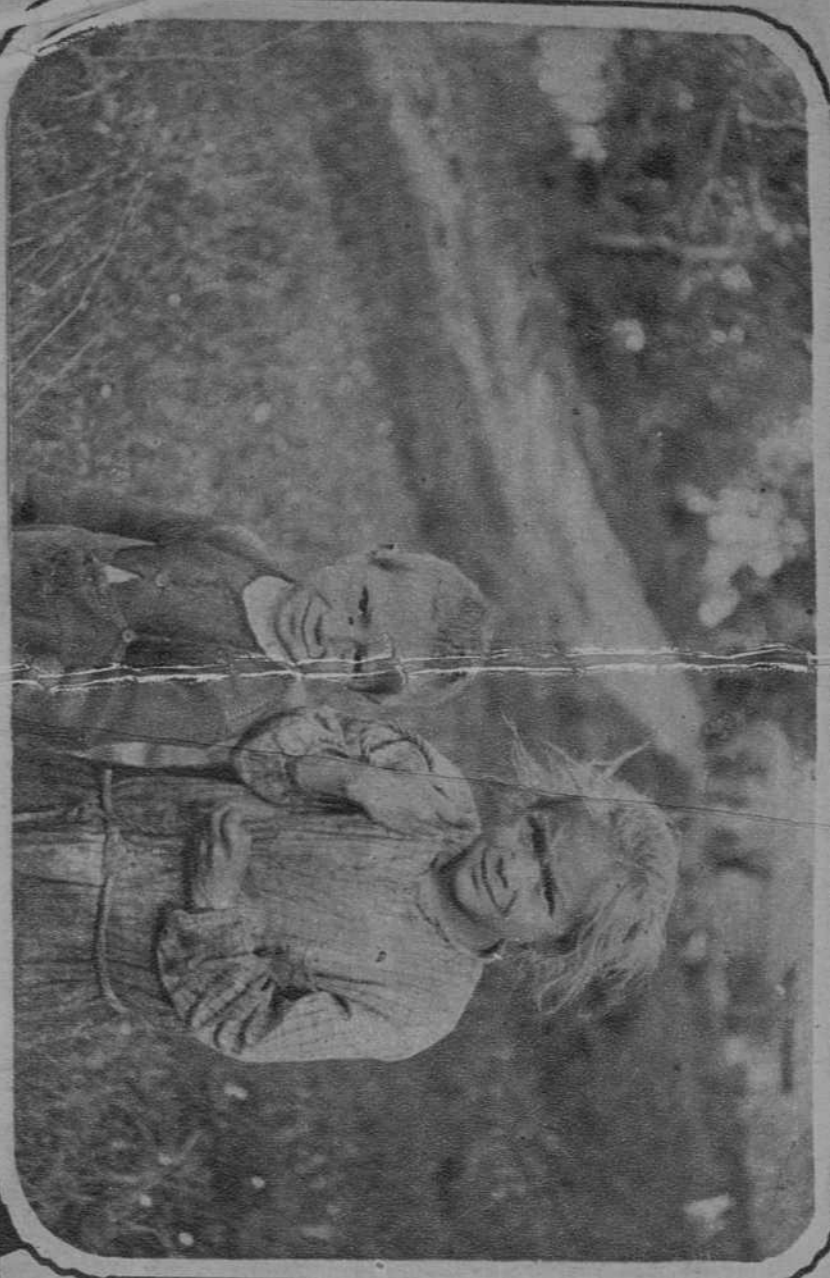
EL PRIORATO
PINTORESCO

(Fots. Vallbé)



... ..

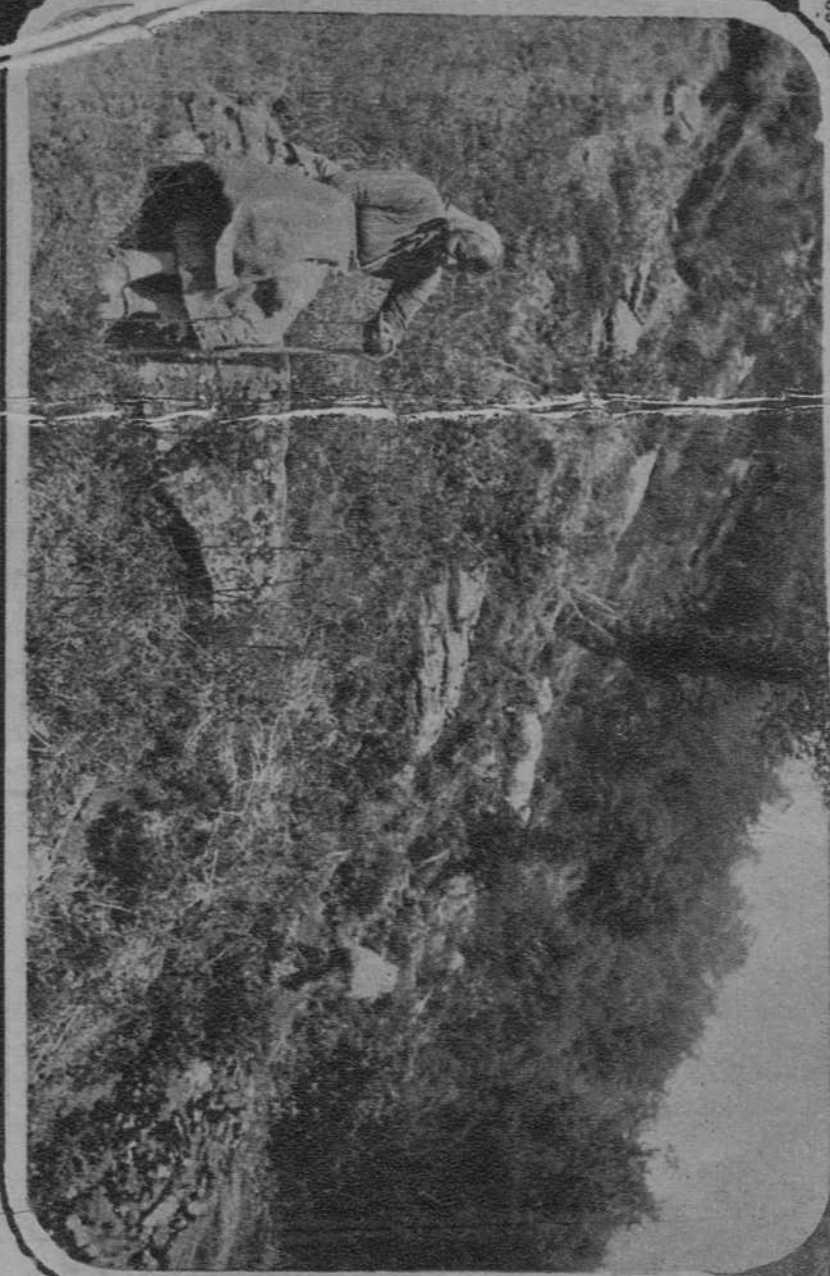
EL TIPICO PUEBLO DE RUPIT
(Fols. Batlle)



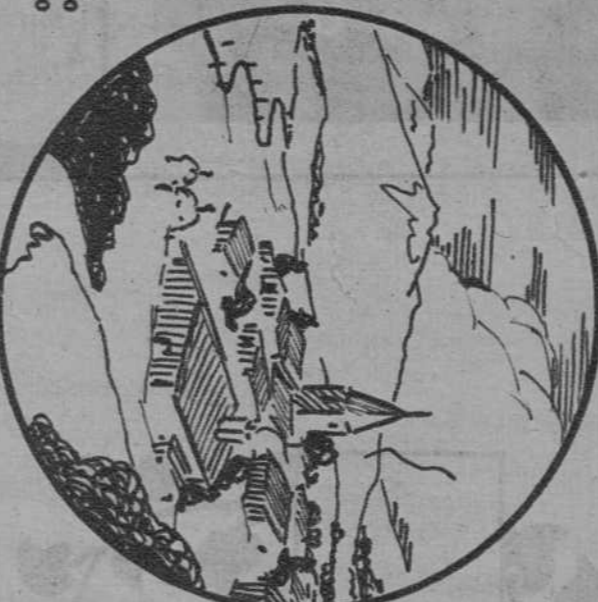
Un 1. 1. 1. en vacaciones



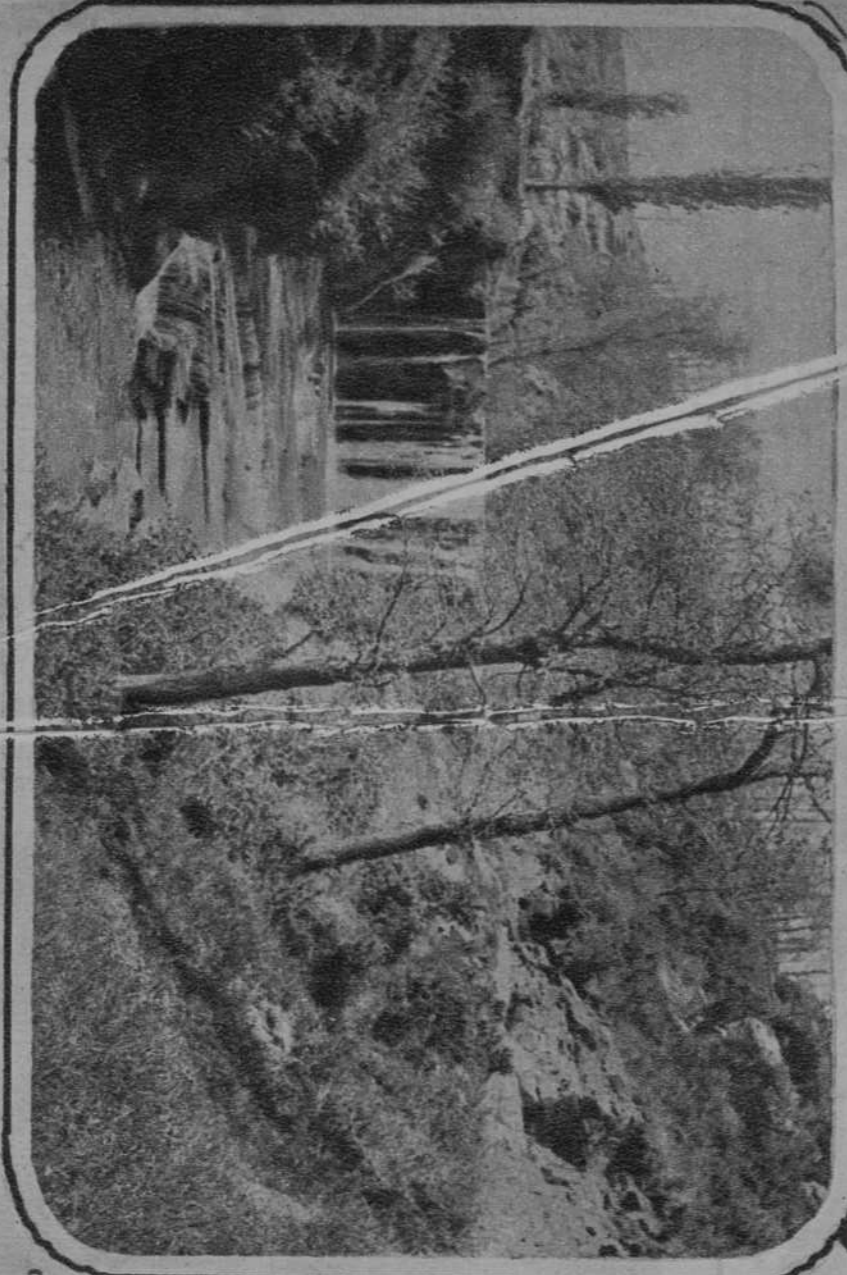
El mas viejo del pueblo



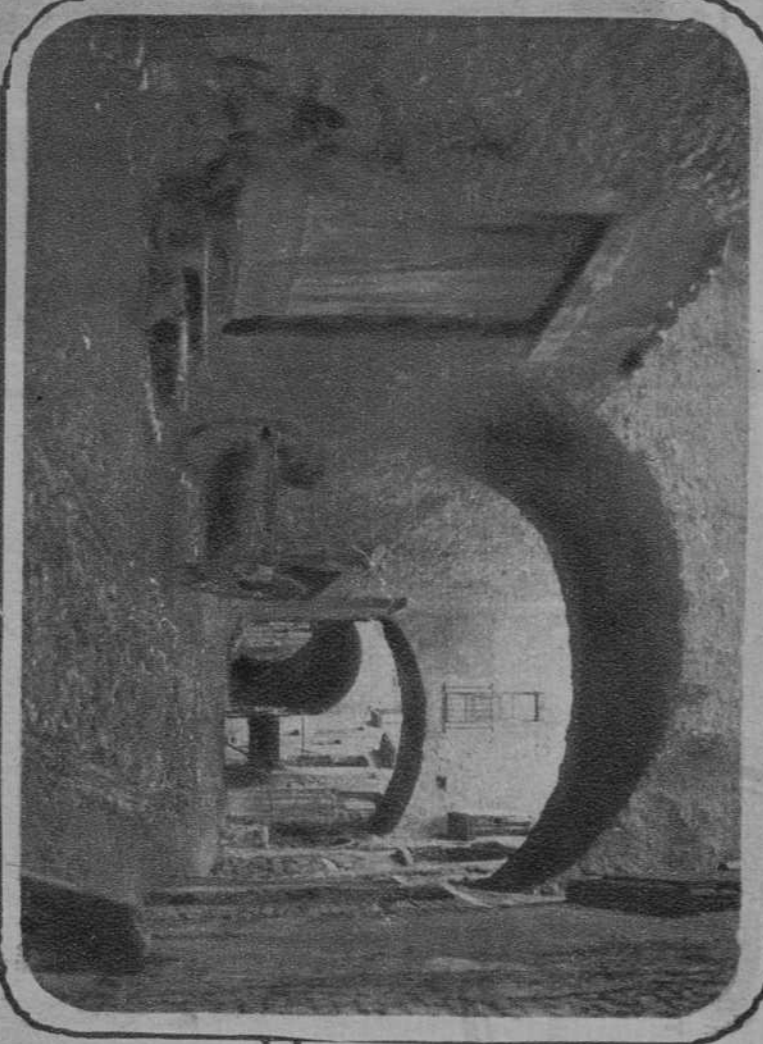
Guardando el rebaño



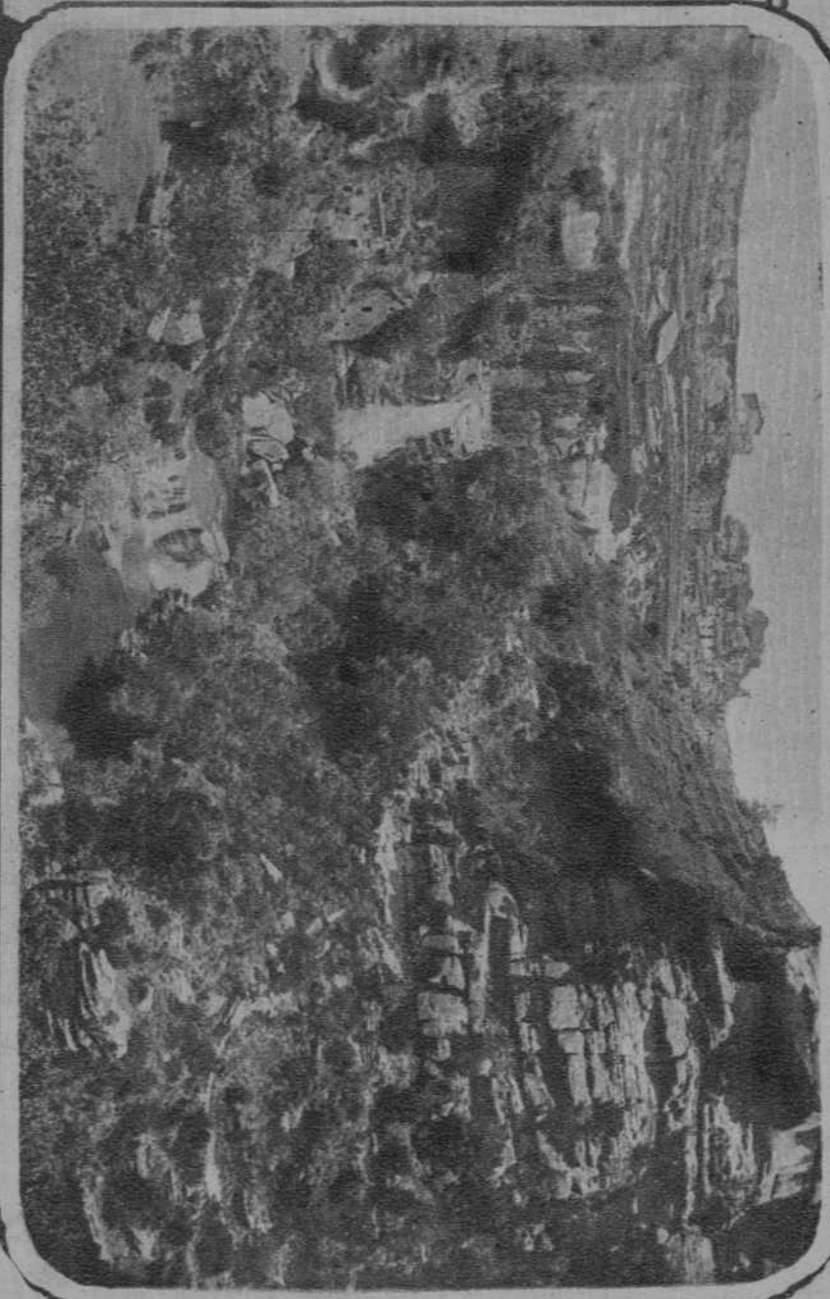
Una casa del pueblo



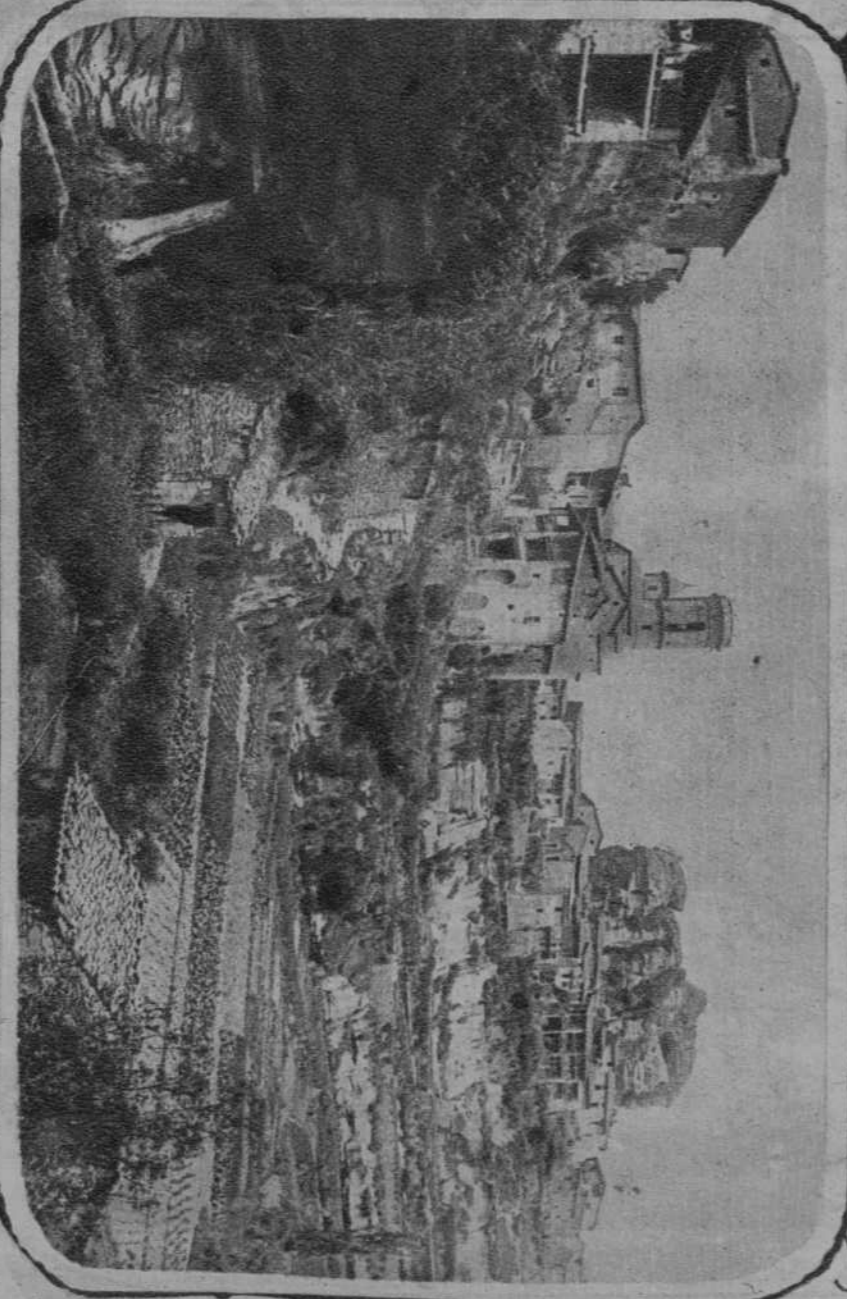
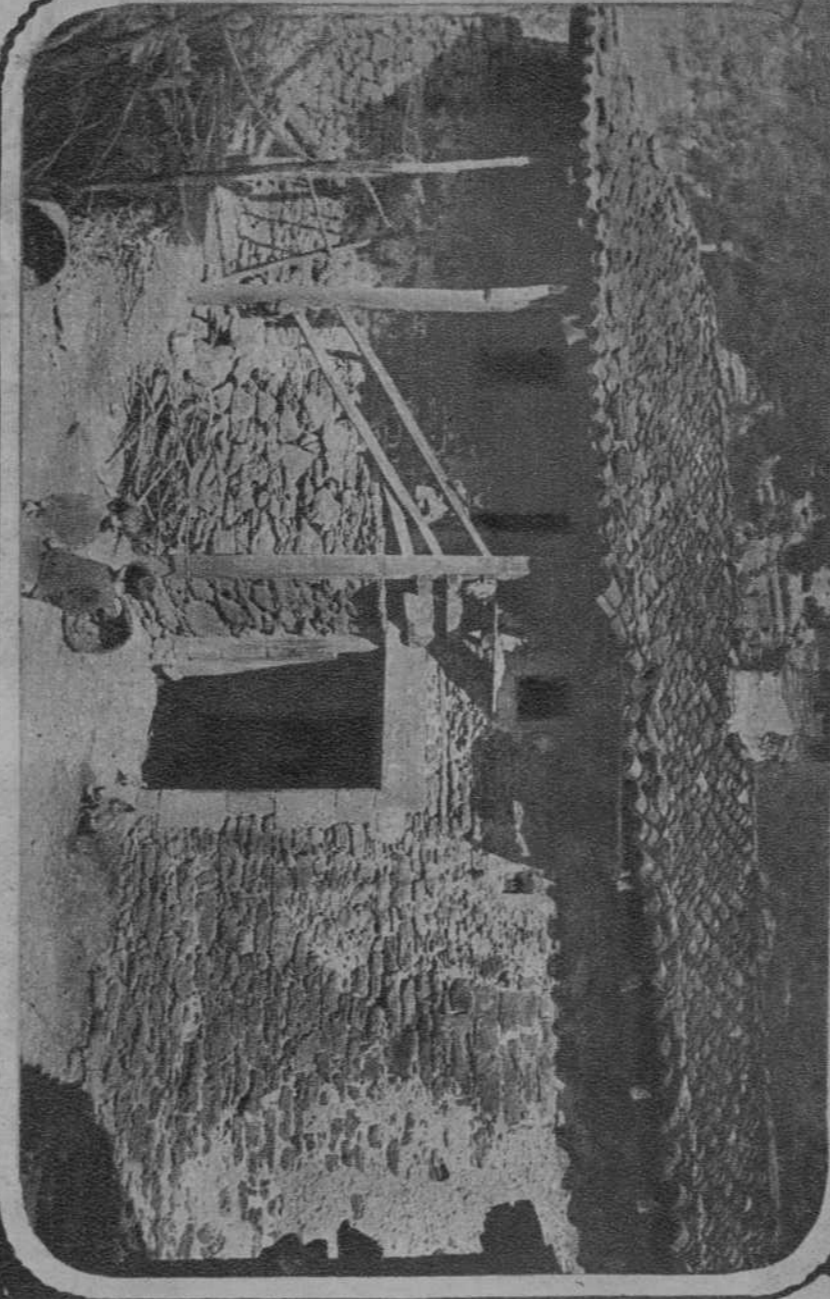
Alrededores del pueblo.



Una calle



La cascada



Visita general de Rupit



La rara
señora
aquella...
por
Edmundo
Montague
Ilustraciones de
BOSCH

—¡Dad! ¡Cuidadit, Dodó, canallá d'animal, asustand los infantes!
Pero su ardid de acudir al llamado de los perros para no responder, no le ahorró las acometidas interrogantes del vecindario, ni la molestia, la confusión, el áspero disgusto que ellas le causaban. Volvió echando pestes contra sus bandidos perros y no saltó a la calle por muchos días; cosa que aprovechó la vecina para contar a su modo el suceso, el sorprendente suceso de aquella hija ignorada que entraría monja, y de la pelea de la madre con su Francisco, a causa de tal designio. Espiando por uno de los agujeros del tabique, atento el oído, teniendo que traducir a nuestro idioma las palabras francesas, obtuvo cosecha escasa la cuentera. Adultero el suceso, que no fué sino este. Entró la hija de la vieja, mujer ya madura pero fresca, bajo su manto negro. Levó su mirada clara al rostro de madama Carrère.
—¡Madre!...—susurró.
—¿Eres tú?... ¡Pase, hermana!
La vieja no fué expansiva con su hija, pero sí atenta con la monja acompañante. Tomaron asiento en el comedorcito.
—¿Sígues con la idea de vestir los hábitos?
—Sí, madre.
—Bueno, bueno... Haz tu gusto... En estas cosas... ¿La hermana quiere beber algo?... ¿No están cansadas?... ¡A mi hija siempre le ha dado por la religión!... ¡Mira que tu inclinación sea serias, fué lo único que le advertí cuando me desahucé.

sección y se metía en su casa, en pos del «ciudadano».
El hijo de madama Carrère era un señor cuarentón. Entraba y salía para almorzar o cenar, y con nadie había hecho otra cosa que cambiar un respetuoso saludo.
En consecuencia, ¿podía alguien saber nada de la Vieja de los perros, que lo sabía todo de los demás?
Una vecina, tabique de por medio, hubiera averiguado de buena gana lo que fuese, lo que hubiera, cualquier cosa, a fin de divulgarlo y pagar de algún modo lo malo que madama Carrère decía de ella.
—Esa vieja...—tal y tal, le agregaba, despechada, la vecina—no hace más que hablar con sus perros... y su gato. Porque tiene también un gato, al que llama Chapon. ¡Sí, sí!... ¡Figúrense qué inmundicia, vivir entre tantos animales! Yo no sé cómo se lo permiten...
Madama Carrère, que iba para los setenta años, bastaba a los quehaceres principales de su casa. Asaba bien que mal sus tres piezas, preparaba comida para su Francisco, ella y los animales, y daba el acostumbrado paseito antes o después de cenar.
Cierta vez que esto último hacía, se la recibió en puertas y en ventanas con una pregunta atrevidísima:
—¿Es verdad que tiene usted una hija, que vino a verla acompañada de una religiosa?
—¡Eh...! ¡picarujó Bismarck! venga aquí! —Conque esa hija que dicen que usted tiene, entrará de monja, ¿es novicia?

A madama Carrère conocíase en el barrio por la Vieja de los perros, debido a sus dos animales, tan ladradores como inofensivos, que delante de ella iban anunciando su paseito diario.
En esta puerta, en aquella ventana, hablaba madama Carrère pretextando para detenerse. Con una vecina hablaba de la otra, con la otra de la primera, y así sabía vida y milagros de todos. Tenía siempre una sentencia pronta para aplastar a alguno de los traídos a cuento, o una moraleja para indicar cómo debemos conducirnos en este complicado mundo. En cambio, a ella, no había quien le hiciera soltar prenda, por lo cual las que la tenían valtense del anuncio de los perros para escurrir el bulto.
—Madama, ¿es usted viuda?
A esta pregunta y otras por el estilo, la anciana volvíase rápida hacia sus perros:
—¡Cochons de pépis, qui molestent a la yenti!... ¡Vengue ici, Bismarck! ¡Vengá aquí, Dodó!
Otras veces, no hallando a la mano la excusa de sus canes, o quizá por diferenciar la evasiva, exclamaba:
—¡Soy solá, completman «seules»!
Y como no salía de ahí, se le recordaba a su hijo. Y ella entonces decía:
—¡Ah, mon Fransuá!—en un tono que significaba: «A ése no me lo toquen; mi Francisco es mío y de nadie más. Lo que no le impedia que exclamara, siempre que lo veía regresar del trabajo.—¡Ah! vien el citatano—. Y queriendo, con un dejo irónico, disimular su afecto, cortaba la conver-

Satanás le pintó el horrible tormento que debía sufrir por los hombres, y su muerte en el Calvario; todo esto lo describió con tan vivos colores, que la frente del Nazareno sudó sangre. Pero alzando su divina cabeza, abarcó con su dulce mirada la figura del réprobo, diciéndole:

—Satanás, ¿por qué me tientas? Vete; mi Padre lo ha dispuesto así.
Satanás lanzó una horrible blasfemia, y tornó a hundirse en el abismo.
La sangre que brotó de la divina frente del Salvador cayó gota a gota sobre las hojas de esta planta, dejando estas tres manchas de púrpura que veis aquí.
Entonces la flor le dijo, con una vocecita tan delgada que sólo pudo oírse Dios:

—Señor, dame tu divino poder para que pueda conservar entre mis hojas las preciosas gotas de tu sangre, que dan salud y vida. ¡Señor, escúchame y no desoigas mis súplicas

Dios alzó su santa faz, y enviando una bondadosa sonrisa a la planta, le dijo:
—Trébol de Judea, hágase como deseas; nunca se borrarán de tus hojas las señales de mi sangre, y añadiré para unir las corona de espinas que me espera en Jerusalén.

Así terminó la narración.
Los muchachos quedaron silenciosos; todos a la vez querían reconocer la maravillosa planta que había tenido el don de la palabra.

El sacerdote estuvo contemplando por un momento aquel inocente grupo de cabezitas infantiles, en las cuales brillaba el candor, la curiosidad y el asombro; mezcla encantadora que sólo se expresa con toda su verdad cuando el grito de las pasiones no ha levantado aún su eco lastimero en el alma.

—¡Señor! ¡Señor!—dijo Francisca desde la puerta del jardín.
—¿Qué ocurre?—preguntó el sacerdote.
—El cartero ha traído esto para usted.
—Pues haga el favor de dármelo.
Francisca le entregó una carta y un paquete.
—Hijos míos—volvió a decir Roque—, por hoy hemos concluido nuestra lección de botánica. Conque hasta la tarde.

Los muchachos besaron la mano del sacerdote y salieron del huerto.
Cuando el cura se vió solo, sacó las gafas, se las colocó, dejando el paquete sobre sus rodillas, y se dijo:

—Carta de Juan Antonio. Veamos lo que dice el estudiante.
Y leyó en voz baja lo que sigue:
"Querido tío: Dentro de algunos días tendré el gusto de abrazar a usted, pues pasado mañana me revalido. Partícipeselo a mis padres, añadiendo que espero salir airoso del acto.

"Por el correo de hoy recibirá usted un paquete de entregas de la novela que está publicando mi amigo Ecequiel, quien, como siempre, no se olvida de remitir sus producciones al cura de aldea.

"Creo que conocerá usted los tipos; su autor dice que son históricos.
"No puede usted figurarse el trabajo que nos cuesta detener en casa a don Emilio y a su honrada familia.

"Desde que ha entrado en el período de convalecencia, todos los días tiene la misma idea de volver a su buhardilla; y viendo que usted no regresa de su viaje, lo que le extraña mucho, ha resuelto escribirle una carta. Usted dirá lo que debemos hacer.

—¡Ya decía yo que me pesaba mucho la manta!—exclamó—. ¡Largo, canalla y el músico comenzó a sacudir cachetes a derecha e izquierda.

Los animales saltaron desde la cama al suelo, y fueron a buscar otra cama que, aunque menos blanda, no ofreciera tanto peligro.

Luego el anciano se quedó dormido.
Aquel hombre que cenaba queso había tenido en sus manos tres millones.

Pero el dependiente de la tienda se había quedado con la mitad de ellos al envolver el comestible manchego, y él habla tirado el resto por la ventana.

... ..
... ..
... ..

Algunas horas después, tres jóvenes se apretaban cordialmente las manos en la calle de Pontejos.

Eran Ecequiel, Juan Antonio y Uacista.
Este último subió a una diligencia que estaba próxima a partir.

Era la de Bayona.
—Buen viaje y mejor suerte—le dijo Ecequiel.

—Gracias, amigos míos—respondió el estudiante—. Les recomiendo a ustedes mi hijo; está en la calle del Salitre, número 10, cuarto bajo, casa de la señora Aniceta, la mujer del sereno.

—No lo olvidaremos.

—Si tardo mucho, comprade un vestido de verano; y si no vuelvo más, enfíadme a pronunciar mi nombre y el de su madre.

Uacista tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.
Sus amigos le estrecharon la mano conmovidos.

—Que escribas—le dijo Juan Antonio.

—Os pondré al corriente de todo.

El mayoral dió un grito, crujió la fusta el zagal, y los jacos partieron al galope. Ecequiel y Juan Antonio se cogieron del brazo.

—¡Pobre Uacista! Es un amante como hay pocos—dijo Ecequiel.

—Marta hubiera sido una mujer feliz.

—¡Estaba escrito!

—¡Dios quiera que salga airoso en su empresa!

—¡Dios lo quiera!

—Si muere—dijo Ecequiel—, yo tendré un hijo: el de Marta.

La monja no apartaba los ojos de la señora. Se hubiera dicho que no era su hijo el venero gachos. Indujo a la novia la conveniencia de dar por terminada esa visita. Y con un beso frío y modos como intangibles, la hija se despidió de su madre.

Pero luego, Francisco, a su llegada, gritó por todo lo que siempre callaba. Dijo a la madre que era ella la causante del mal. —Por culpa de usted nos hemos quedado sin padre! ¡Por culpa de usted perdí a mi hermano! Y mi padre, por lo mismo, no regresará... Dos cosas que a usted le tienen muy sin cuidado, bien lo sé. Respondida la vieja: —De ese modo, ingrato, más que ingrato... de ese modo pagas todos mis desvelos?

Y como la madre no cedía, el hijo tuvo que salir sin cenar, acorralado, impotente, dando un portazo que hirió a Bismarck en una pata y ofreció motivo con ello para que la vieja no cesara de hablar y cuidar a sus animales toda la noche.

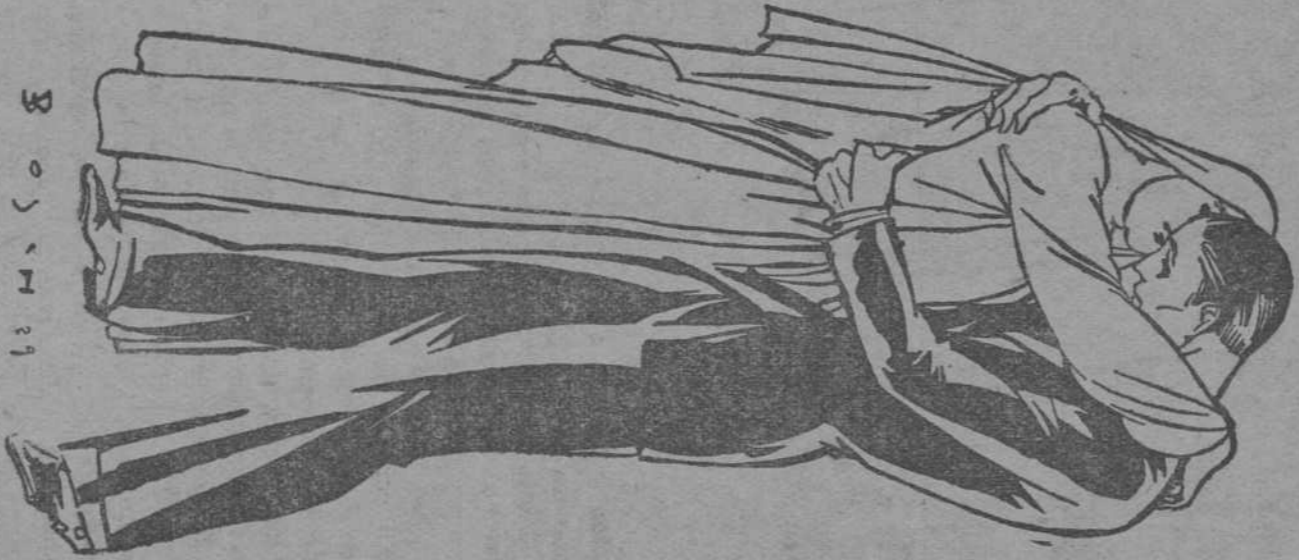
¡Ah! La vecina vengativa adivinó un mundo en aquella pelotera, y lo reveló al barrio. La historia en que se había originado permaneció, sin embargo, ignorada. Era esta: Dígense Carrère y Genoveva Dupont, casados, tuvieron su primer varón. La criatura, con sólo nacer, se atrevió a contrariar la voluntad de madama Carrère, que había querido un hijo y no una hija. Por lo cual, nunca perdonó esa insolencia a Melania, como fué llamada la muchacha. En cambio, Francisco, venido tres años después, fué su hijo de verdad, su único hijo. Si para que Melania no muriese de hambre tuvo no pocas veces el mismo señor Carrère que preparar el biberón, Francisco, por el contrario, fué criado a pechos de madama Carrère, hasta que, firme sobre sus pies, mantuvo entre chupón y chupón conversaciones con la madre. A fin de librar a Melania de reprimendas tan injustas como desagradables, el señor Carrère la puso a pupillo. Pero, ya señorita y en casa, no pudo tener novio: madama Carrère le echó a perder dos compromisos. La incomprendible adversión de madama Carrère se agravaba en vez de disminuir, siempre que su hijo, su mimado, intervenía en favor de Melania.

Cierta vez desapareció el señor Carrère. Transcurrido un tiempo, escribió desde Montevideo, diciendo que regresaría cuando Melania le asegurase que la madre era tan buena con la hija como con el hijo. Melania se lo aseguró al cabo. Pero al regresar comprobó el padre que lo había engañado por generosidad. Y desapareció de nuevo, sin dar ya noticias de su paradero.

Melania trató terceras relaciones amorosas. —A los treinta y cinco años andar en esas? ¡Es una desafachatez!—opinaba madama Carrère, obstaculizando el noviazgo. Y pronto estaba a casarse cuando una congestión a los pulmones le condujo a la muerte. Se hizo entonces Melania socia de la Fieles al Señor, cuyas prácticas y di-

vulgaciones doctrinarias exigíanle estar fuera de casa el día entero. Francisco, entre tanto, anulaba toda manifestación de afecto hacia su madre. Y ésta se consiguó un perro primero, otro después, y, finalmente, un gato. A los siete años de esta vida, Melania decidió hacerse monja.

Una noche el señor Francisco volvió temprano a casa. Había empleado las fiestas en terminar dos retratos: el de su jefe y el de su futura esposa. Para que ni perros ni gatos lo pertur-



baseen, armó los tableros en su propio dormitorio.

Y he aquí que la primera noche, al cruzar el patio, descubrió una escena insospechada.

La anciana estaba ahora sentada a la mesa. Sobre la mesa, enfrente, uno a cada lado, venía sentados a sus perros, el medio bulldog y el cuatroojitos. Si alguno daba muestras de impaciencia moviendo una pata, parando una oreja, ella lo amonestaba. Y a la vista de los dos perros centinelas, el gato trepó a los hombros de madama Carrère, y allí comenzó a sacarle de la cabeza, una tras otra, todas las horquillas. Teniéndose en la boca, alargaba hacia abajo el hocico, hasta que el ama las recibía en las manos. Y no abandonó el anti-

mal su tarea hasta que la cabellera gris quedó suelta, sin horquilla alguna, caída en redor de la cabeza y sobre el rostro de la anciana.

El señor Francisco se escurrizó a su pieza. Una emoción tan grande como sálida le inundó el pecho de placido sentimiento. El señor Francisco se dijo:

«Siempre incomprendible! ¿Hubiera querido que yo la despelase, y al no haberlo se lo enseñó al gato? ¿Quién sabe si no, ya que nunca permití que Melania le tocara la cabeza... ¡Hata, siempre rara madre mía!... ¡Tan felices que pudimos ser, Melania casada, yo también ahora, papá con nosotros!»

Y pensando en todo ello, suponiendo a su padre muerto, lloró. Lloró el desgarrado destino de la familia.

Durante algunas noches más vivió desde el patio reproduciéndose la escena de su madre y el gato ante los dos perros centinelas, y nuevamente se sintió apenado.

Tres meses después, contrando su matrimonio, ella misma, su madre, le aborrió los ineludibles disgustos de vivir juntos, pues que no aguantaría ella, no podría ver siquiera a la mujer que definitivamente le robaba a su Francisco. Y como antes de abandonar en otra parte un pisito para ella sola y sus animales, la vecina le había enviado el gato, el hijo, que la veía consumirse de tristeza, tuvo que acceder al capricho de dibujarla con un Chapón a cuetas, mientras le sacaba las horquillas.

Vió en la pared ese cuadro Melania, ella, que nunca había logrado peinar bienamente a su madre; lo vió al irse a despedir para celebrar sus bodas con Dios, y sintiendo que aquel cuadro era satánico, se perseguida. Entonces la madre, sin aguantar más, irfando su nariz impertinente, arrugando el ceño voluntarioso, mirándola con dureza, le gritó:

—¡Vete, vete! ¡No me beses!

—Debemos perdónarnos...—murmuró la hija.

—Que te perdone mi querido Chapón, desde el Cielo... ¡Yo, no, yo, no!

Novicia y monja salieron horroizadas, estremecidas de miedo, como huyendo de las mismas regiones del Maléfico, a la nueva herejía de que un gato habría de pelearlas desde el Cielo.

Y sólo junto a Francisco pudo estar Melania segura de sí en lo que a posible armonía familiar respectaba, siquiera por un breve instante. El hizo más: hicieron ambos lo que nunca les fué dable hacer delante de su madre: demostrarse con un largo abrazo que eran hermanos.

Y en aquel momento de total despedida, Melania y Francisco sintieron, como vívidos, hasta el llanto, que si en efecto eran hermanos, lo eran doblemente por la sangre y por el dolor.



El pobre viejo enloquecía de contento cuando se detenía a contemplar su lozana hortaliza, sus pomposos árboles y su sabrosa fruta.

Los chicos se relamían anticipadamente los labios, porque cuando el cura les conducía al huerto para contarles alguna tradición, fábula o cuento, miraban con el rabillo del ojo las rojas cerezas, los dorados melocotones y las sabrosas brevas, que, próximas a estar en sazón, convidaban e incitaban a los golosos.

En el momento en que empezamos este libro, Roque se hallaba sentado en una silla de tijera, a la sombra de un árbol.

Estaba rodeado de sus queridos discípulos. Serían, poco más o menos, las diez de la mañana; acababa de terminar la clase, y el condescendiente viejo les permitió que saliesen al huerto, como para ver la perspectiva que les esperaba.

—Ya veis—les dijo—, que los árboles no pueden con el fruto. Desde el mes que viene, todas las tardes habrá merienda; pero ahora no me atrevo; está todo verde y podía daros un cólico.

—Las cerezas están ya buenas, señor cura. ¿Quiere su merced que le coja una, para probarlas?—repuso un muchacho.

—No quiero que las pruebes—le respondió el cura.

—Si yo decía que su merced...

—Sí, hombre, sí, ya te entiendo. Estamos a diez; allá para el veinte ya comerás todas las que quieras.

El chico vió adivinadas sus intenciones, y le pareció prudente guardar silencio. Otro muchacho se acercó al cura con una pequeña flor de tres hojas en la mano.

Esta flor blanca ostentaba una mancha de púrpura en cada hoja, cercada por una corona de espinas.

Al muchacho debió chocarle mucho aquella planta, pues preguntó al sacerdote: —Padre Roque, ¿por qué tiene esta hoja una mancha encarnada, y hay dentro una corona de espinas?

El sacerdote les explicaba de un modo fácil y sencillo algo de botánica la mayor parte de los días, y para que quedara más impresa en la mente de sus discípulos, apelaba a la tradición.

—Esta flor se llama el trébol de Judea, o espinoso, como queráis entenderlo; planta que tiene la virtud de haber hablado con Nuestro Señor Jesucristo.

Los chicos se aproximaron al cura, como quien dice: —Cuento tenemos.

El cura, que así lo comprendió, continuó: —¿Queréis que os refiera la tradición de esta planta?

—¡Sí! ¡Sí!—repitieron varias voces.

—Pues oid. Cuenta la tradición que una noche estaba el Redentor del mundo en el jardín de Getsemaní.

La noche era oscura; y el cielo estaba sin estrellas y sin luna. Gruesas nubes recorrían el espacio, y el lejano fragor del trueno se dejaba oír de vez en cuando.

Los apóstoles dormían y Jesús oraba, triste como el dolor, pálido como la muerte.

De repente un rayo iluminó las tinieblas, abrióse la tierra, y Satanás brotó de ella.

Jesús se estremeció, porque sabía la misión del ángel de las tinieblas.

LIBRO DECIMOSEGUNDO

Una Novela Histórica

CAPITULO PRIMERO

A la sombra de un árbol

El mes de mayo es el mes de las flores, de las golondrinas, de los vencejos, de los trigueros y de los espárragos.

La Naturaleza se despierta del pasado sueño del invierno; se lava la cara, se peina, se adorna con sus galas más hermosas y canta.

El cielo la oye y la sonríe; la tierra la siente y florece, y el Jardín Botánico la aspira y abre sus puertas al público de Madrid.

Las africanas codornices recorren los sembrados cantando: «¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay!» y las perdices le contestan desde las laderas de los cerros: «¡Có-me-le! ¡Có-me-le! ¡Có-me-le!»

La enamorada tórtola, oculta en el penacho del tembloroso álamo, jura eterno amor a su amante compañero, repitiendo sin cesar: «¡Tu-yo! ¡Tu-yo!» mientras el mirlo, malhumorado, viendo entrar al pardillo en el espino que le guarece, le dice: «¡Qui-ta-te de ahí! ¡Qui-ta-te de ahí!»

Mes de mayo, mes de María, perfumado y poético suspiro de la Naturaleza, hijo predilecto del Creador, ¡benditos sean tus crepúsculos, tu cielo azul y tu limpio horizonte!

Cuando tú te aproximas, se piensa en la vida del campo, se recuerdan las brisas del mar, el vestido blanco, la airosa pamelá, los sedosos rizos de las bañistas y las noches de luna pasadas a su lado.

Pero volvamos a la aldea.

El campo con sus galas y las brisas con sus perfumes, nos convidan a gozar de los encantos de la Naturaleza.

El pequeño huerto de Roque rebosaba galanura y belleza.



Pasatiempos



Charadas

1.
— ¡Prima-segunda, tertia prima!
— ¡Tercia-tercia prima prima-segunda!
— Prima-segunda prima todo.

2.
¿Pero aun estás en la 1.-3-3?
¡Vas a quedarte como una 1.-2-1!
¡A ver si voy a la cocina por el 1.-4-4,
y voy con él como con un 3.-4-4,
para que te pongas a trabajar en el todo!

En invierno

¿DE LA FAMILIA DE ADAM,
NO VA A QUEDAR NADIE!...

Para aficionados

B

Colorado

DE FONDO
D MON O

Habrà que hacerle
un túnel

E
OBLIGACION
ANTORTOGRAFICA



Curiosidades

Por si nieva este invierno...
Por si vuelve a nevar, debíamos haber escrito, pues en realidad en lo que va de invierno ya ha nevado dos veces sobre Bar-



celona. Pero tan poquito, tan poquito, que apenas si pudimos aprehenderlo y sólo algún tejado blanqueó algo y por contados minutos.

No obstante, no hay que perder las esperanzas. Si por casualidad nieva, recoged algunos copos sobre un paño negro e in-



mediatamente mirados a través de un cristal de aumento. ¡Veréis qué maravilla!... Los dibujos adjuntos os darán idea de las caprichosas estrellas de seis puntas que ya forma adquieren los copos de nieve.

Y eso que vosotros los habéis tomado siempre por papeletos de carnaval o hilas de algodón en rama!...

ANECDOTARIO

EL AMIGO LEAL

Alejandro, después de haber hecho muti- lar al filósofo Calisteno, lo encerró en una jaula de hierro que llevaban a la zaga del ejército. Uno de los generales de Alejandro, llamado Lisímaco, que era amigo fiel de Calisteno, fué el único que se atrevió a ir a consolarlo. La víctima insistió para que no fuera a verle, diciéndole que esas demostraciones de amistad y de compasión excitaban la cólera del macedonio. Lisímaco le contestó:

— He de seguir viniendo a verte todos los días. Si el rey te viera abandonado por los hombres virtuosos, podría creer que eres culpable y ya no experimentaría remordimiento.

En francés

TIATI

Como los guardias

DOSS
pulgzer índice corazón
anular meñique

Las soluciones, en el extraordinario del próximo domingo.

En esta sección publicaremos los datos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los únicos requisitos de que vengán acompañados de la solución correspondiente, sean inéditos y originales... Y estén bien

Soluciones a los pasatiempos publicados en el número del pasado domingo

A una de las fugas de consonantes:
— ¡Clemente Pérez en Fez vende Jerez excelente!
— Es el deber de Clemente vender en Fez el Jerez.

A la otra:
En este mundo traidor nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira

Con la muleta: Trasteco.
Personaje: Marco Ponce Cuitón.
Siempre sucede así... Pequeñas cosas, grandes efectos.
Carta: Pepa Doncel.—Jacinto Benavente.

EL OCASO DE UN GRAN ARTISTA

Haricléa Darclée ha ingresado en la "Casa de Verdi"

La circunstancia de que Haricléa Darclée, la famosa diva, haya tenido que ingresar en la «Casa Verdi», ha despertado recuerdos casi olvidados de la célebre artista, cuyo nombre glorioso no puede pronunciarse sin emoción.

Fué Haricléa Darclée una de las figuras preferidas de nuestro Liceo. En la escena de nuestro primer teatro lírico obtuvo legítimos triunfos, siendo el ídolo de nuestros dilettanti. Ovociones clamorosas acogieron cada una de sus presentaciones y de su interpretación, exquisita e impecable, de «Manon», de «Traviata», o de «Rigoletto» se guarda recuerdo imborrable.

Mujer que ganó millones, que alcanzó la máxima popularidad, que fué disputada por las Empresars, ha vivido, en su vejez, días de miseria y de dolor, y ha llegado a mendigar su sustento. Por fin, ha podido ingresar en un asilo, poniendo así un trágico epílogo a su carrera luminosa.

La Darclée nació en Bucarest y, como todas, o casi todas las mujeres rumanas, tenía una viva inteligencia y un temperamento apasionado. Se casó joven y, no fué feliz en su matrimonio, del cual tuvo un hijo, que heredó de su madre su temperamento artístico.

Su hermosa voz de soprano y su extraordinario talento, la llevaron a la escena lírica francesa, debutando en el teatro de la Opera de París con el «Faust», de Gounod, que cantó veinte noches consecutivas, consagrándose desde el apacer como astro de primera magnitud. Pasó poco después a Bruselas, acentuando su personalidad artística en el teatro de la Monnaie. El dominio del idioma italiano no tardó en llevarla a sus principales teatros, a los que se incorporó de lleno, siendo solicitada por las grandes Empresas.

Tenía una bella presencia. Era fina de cuerpo lo que, unido a una gracia poco común, atraía de inmediato los aplausos. Debe agregarse que, a su gracia natural y seductora, poseía una mayor atracción, si cabe decir, pues hablaba correctamente el rumano, francés, alemán, italiano y español. Su trato era de una exquisitez extrema. Hablaba de arte lírico, pictórico y escultórico con igual facilidad. Sonreía con gracia indecible, y su boca, extremadamente graciosa, provocaba el deseo de verla retir sin reserva.

Conocía la literatura francesa y la ita-

liana con bastante amplitud, y, naturalmente, la de su país. El roce frecuente con personajes de valía y artista de renombre, hacía que su trato fuera de una amabilidad poco común. Sus frecuentes visitas a las cortes europeas y los agasajos que en ellas recibía, la hicieron una reina sin trono, pero sí con una corte excelsa por el círculo que la rodeaba, compuesto de reinas y príncipes, de príncipes y duques o de literatos de ingenio, que de continuo ofrecíanle mandrigales que deponían fervorosamente a sus pies.

Vestía con gran lujo. Sus toillettes eran siempre de acuerdo a las circunstancias ya en su vida íntima, en fiestas sociales o en la escena, en la que de ordinario se excedía por su lujo, precisión histórica y elegancia. Las toillettes escénicas eran todas de su propiedad, pues no gustaba adosarse las ajenas. Creía que una artista de su rango debía poseer una indumentaria propia que reflejase su gracia, su carácter y coquetaría innatas. Tenía, proplamente dicho, hábito de reina que evidenciaban su distinción personal.

Y como reina, tuvo también su príncipe, que amó con frenética locura, sacrificando por él todo cuanto tuvo en la vida. Cuando en la intimidad de su hogar, o en sus frecuentes viajes, llegaba la hora de las confidencias, sus ojos lucientes llenábanse de brillo y su cara tomaba la dulce placidez del amor para revelar no sólo su gran afecto, sino el talento imponderable de su príncipe amado, rey y señor de su corazón de mujer.

—Le amo como no puede amarse más— decía en su Villa a orillas del golfo de Nápoles.—No creo que ningún hombre pueda superarle en nada y menos en su talento, que lo creo único—repetía sonriente.—. Le amo como no se ama más que una vez en la vida. ¿Comprende usted?

Y abriendo un medallón que llevaba colgado al cuello, me hizo ver el retrato de un hombre joven, de singular belleza, y cuyo ondulante cabello y rosado semblante, dábanle aspecto de poeta.

—Este es mi Príncipe Azul, mi único, mi grande amor en la vida!—decía besando dulcemente el retrato.—Le amo más que a mi vida! ¿No sabe usted quién es?—preguntó un día.

—No señora—contestó el interpelado.—

Sólo sé que es un ser excepcionalmente feliz.

Hizo una breve pausa, suspiró y, al besar nuevamente el retrato, dijo, sonriendo con placentera alegría:

—Este hombre que tanto adoro es mi hijo, que me tiene loca por su gran talento y arte musical.

Esta genial artista, cuya sola presencia en los palacios reales o en la escena de los teatros llenaba de armonías y bellezas el ambiente, acaba de ingresar, pobre y vieja, en la «Casa Verdi» en busca de un piadoso asilo.

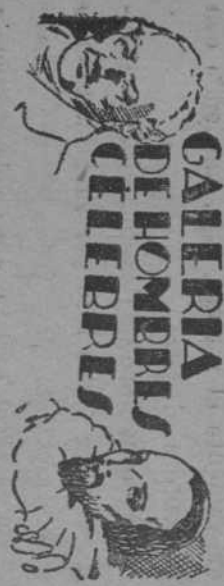
Haricléa Darclée pertenecía a ese género de artistas que con igual gracia interpretaban tanto «Aida» como «Elixir de Amor», «Traviata», «Tosca», «Tannhauser» o «Mignon», de Massenet. «Don Pasquale» o «Borhén», tanto «Rigoletto» como «Glocondas», «Fausto» o «Fedora», vale decir, obras de diverso registro, donde en todas ellas obtenía siempre un éxito seguro y fácil.

Años más tarde, la Darclée se ausentó casi definitivamente de nuestro escenario lírico. Volvió desmejorada física y artísticamente. Para los que la admiramos en todo su esplendor artística ese bell'astro incantador un profundo dolor atormentó bruscamente nuestro espíritu. Posteriormente buscamos en las crónicas de los días de Italia algo que levantara nuestra ánimo, aturdiéndolo con aquel ensaño de su ídolo, de su amado Iván, pero todo aquello se confundió, se perdió entre las tristezas amargas de la vida. Probablemente todo aquello se bañó con las lágrimas eternasmente puras de la madre. Su reclusión actual en la «Casa Verdi» traerá a su memoria en sus noches tristes, los recuerdos inborrables de «Aida», de «Rigoletto», de «Traviata», que constituyeron la alegría de su juventud.

Es probable que en sus noches blancas aún crea sentir como un rumor de alas, los ecos del Duque de Mantua en «Rigoletto», de Radamés en su gran día de amor del acotado III en «Aida», o su pasional frase a Alfredo en «La Traviata»: «Amami, amami, amami qual io tiamo». Todo aquello que no morirá nunca en el espíritu de Haricléa Darclée, serán las flores idílicas de aquella encantadora mujer que en las postimerías de su vida vivirá soñando con el lirismo de sus glorias, que serán en esta hora su único consuelo.

Nessun maggior dolore...

Páginas infantiles



GALERIA DE HOMAJES A EEBER

JUAN KAY, INVENTOR DE LA LANZADERA RAPIDA

El primero de la serie de mecánicos que en el transcurso del siglo XVIII introdujeron una completa revolución en la industria de hilados y tejidos, fue Juan Kay, inventor de la lanzadera rápida, la cual contribuyó al perfeccionamiento del tejido a mano y a que los tejedores pudieran pro-

ducir un gran perfeccionamiento del peine, de construcción muy rudimentaria y deficiente por aquel entonces.

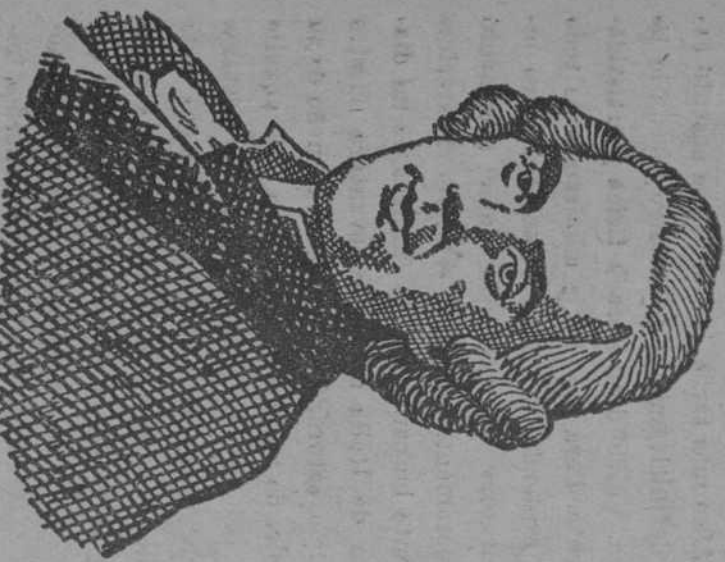
En 1733, siguió a este el invento de la lanzadera rápida y en la misma patente se incluía un aparato para separar el pelo de la lana.

Más tarde ideó también un telar mecánico, el cual no tuvo, sin embargo, aplicación práctica, y una máquina para la construcción de cardas de alambre metálico.

La lanzadera no tardó en propagarse; pero los que de ella se valían y que tan buenos rendimientos sacaban del invento, se negaron a pagar derechos al inventor. Kay, aun cuando encontró apoyo en el Tribunal, quedó casi arruinado por los gastos que el proceso le produjo.

Bien fuera a causa del proceso, bien debido a su intento de construir un telar mecánico, lo cierto es que se ganó la antimadversión de la gente, la cual preparó contra él una agresión.

Esta tuvo lugar en 1753 en Bury, donde la sirrada turba, no se contentó con destruir todo lo que se hallaba en la casa, sino que atentó contra su misma vida, debiendo su salvación a la huida.



JUAN KAY 1704 - 1764

ducir más tela en el mismo espacio de tiempo.

Juan Kay, nació en 1704 en el condado de Lancaister, pero se educó fuera de Inglaterra. En 1730 se estableció como mecánico en su pueblo natal, Bury, donde se dedicó a la construcción de peines para tejer.

En el mismo año obtuvo patente de una máquina de hilar, cardar y torcer, que no llegó a arraigar, introduciendo poco des-

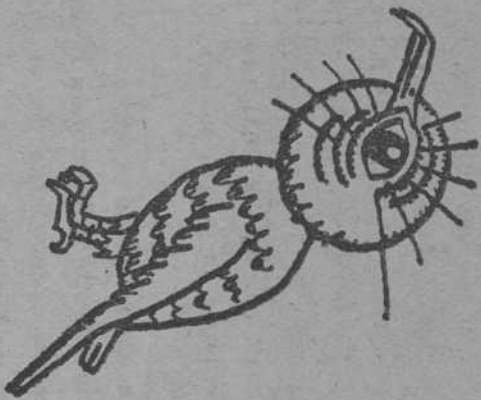


HISTORIA NATURAL

LOS CHOTACABRAS

Lo mismo para los animales que para las personas, nada hay peor que cobrar mala fama. Y esto es lo que sucede con respecto a estas aves, que el vulgo llama «chotacabras» o «engañas pastores», fundándose en la antigua creencia de que estos pájaros nocturnos mamnan de las cabras y ovejas durante la noche.

Pero en esto como en otras cosas, la voz popular está muy lejos de ser el vocero de la Verdad, pues los chotacabras no sólo no tienen la absurda costumbre que se les



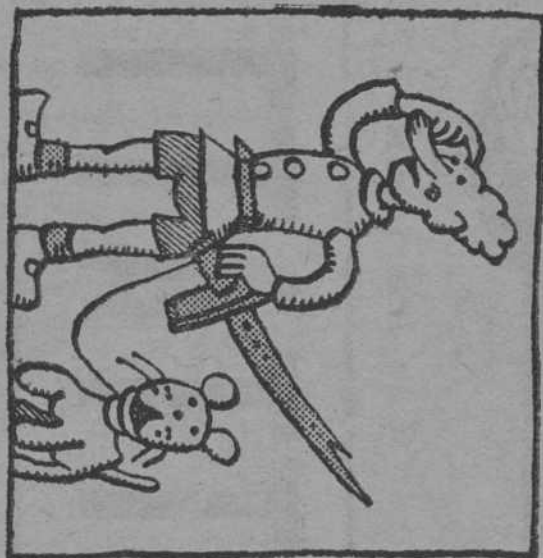
atribuye, sino que por el contrario, son aves utilísimas, por cuanto se alimentan única y exclusivamente de insectos, como mariposas nocturnas, gruesos escarabajos, acicieras y langostas.

Los chotacabras atrapan estos bicharracos al vuelo, ya en el aire o ya recogidos del suelo, volando con el pico abierto, de forma aplastada, corto pero enormemente ancho y rodeado de cerdas tiesas, que constituye el carácter más notable de esta especie del mundo alado.

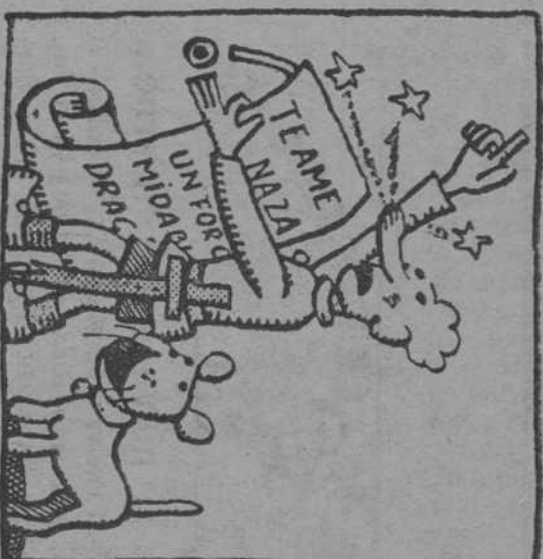
Otros rasgos distintivos de estos pájaros, son la cabeza deprimida, la cola estrecha y larga, las alas larguísima, la boca rasgada hasta debajo de los ojos, que son muy grandes, las patas cortas y el plumaje blanco, mezclado de gris, rojizo y negro.

Los «chotacabras», «capachos» o «gallinas ciegas», que todas estas denominaciones se les dan en nuestro país, se encuentran en los montes y en los prados cercanos a los ríos, en los bosques y en las regiones montañosas. Aves eminentemente nocturnas, durante el día permanecen inmóviles haciéndolas

Historia breve y sencilla, de Narigón y Chatilla.



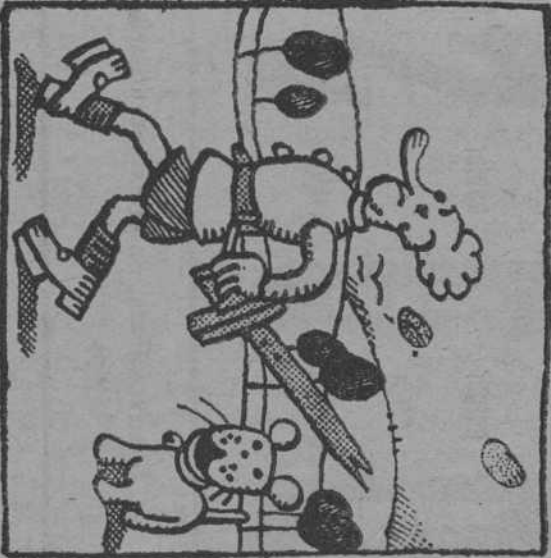
El astuto Narigón es un bravo moctero; su compañera, Chatilla, una perra medrosilla.



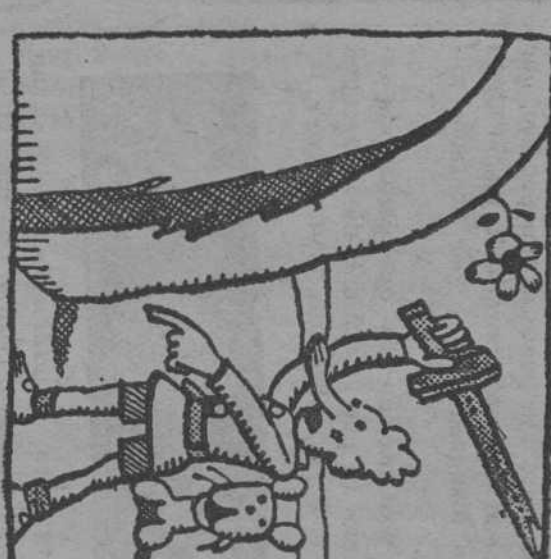
Ha sabido Narigón que le amanaba un dragón y sintiéndose muy fuerte, se promete darle muerte.



Dice Chatilla, asustada: —Tú no te metas en nada. Con mi espada de madera, no como a ninguna fera.



Por el camino real Narigón va muy formal, mientras murmura Chatilla: —Hoy van a hacernos papilla.



En una grieta profunda, ven una covacha inmundas; —Aquí dentro está el dragón! —asegura Narigón.



—¡Sal terrible sabandija! (El dragón es legarrijal). Chatilla, pasado el susto, salta y habla muy a gusto.

Lo que no está de más saber

LOS POETAS-ABOGADOS

No hay duda que es difícil la existencia de cosas más antiguas que el culto a las musas y el de la vendada Temis; pues más poesía existe hasta en una ecuación algebraica o en nutridos batallones de logarismos que en los artículos de un código moderno.

Antes no fué así y las tradiciones de todos los pueblos habían de leyes en verso, como indispensable recurso mnemotécnico para suplir la falta de la escritura, entonces desconocida. Más tarde se conservó algo de ese espíritu, y si la memoria no nos engaña, Cicerón recordaba que en su mocedad los niños recibían las ya en aquel entonces arcaicas frases de las XII Tablas, como si fueran versos. Esto no es difícil, pues la poesía latina se fundaba en la métrica y en la acentuación, no en la rima.

que fué un invento bárbaro y de la decadencia.

¡Ha habido poetas juristasautros! ¡Como no! Y los hay todavía, aunque de éstos no nos ocuparemos.

Fueron peritos en derecho nada menos que Petrarca, Goethe y Heine, es decir, tres de los más grandes poetas de los tiempos modernos. Pero lo curioso del caso es que ninguno de los tres practicó la abogacía.

Petrarca dominaba el derecho romano, a pesar de lo cual siempre desdén de empeñar en una profesión que a menudo veía degenerar en «oficio infame». Goethe fué doctor en leyes, con estudios en las más reputadas universidades, pero no quiso empujarse en las sutilezas de la hermenéutica y consuetudinaria forense. En cuanto a Heine, no obstante sus siete años de estudio en Bonn—o precisamente por eso—siempre manifestó el más profundo horror por la abogacía.

B. S. N.